

(III)

—Así empieza la Epístola de 0,50, prosiguió mi amigo:

—¿Conque medio poeta, don Leopoldo?
¿conque la inspiración que juzgué llama,
sólo *merece honores* de rescoldo?

El rescoldo, ya lo ve usted, es un ripio como una casa; lo que se podía oponer ahí á llama no es rescoldo, y viceversa; y lo de *merece honores* es un *prosaismo* inaguantable, porque está tomado de la prosa de las etiquetas y de las vulgaridades más superficiales y necias del trato social. Porque, si no quiere usted entender así la frase, sino directamente, figúrese los honores que se le hacen á un rescoldo... y verá usted cómo se ríe la *Parda* (la vaca, que ya pastaba tranquila sin miedo á los clásicos ni á los románticos, porque todo es acostumbrarse).

—Y sigue el poeta:

—Tu sentencia es *atroz* y al cielo clama,

Todo ripio, y ripio *atroz*.

¿pero cuándo y por quién fuiste elegido
cancerbero del templo de la Fama?

Aquí empieza ya la Mitología de este ostrogodo. Parece ser que el templo de la Fama lo guarda el Cancerbero, y que ahora ese Cancerbero quiere serlo usted. ¡Cancerbero en un templo... y en el de la Fama, por más señas! Estos *descuidos* pueden permitírsele á un principiante... de esos que lo han de dejar y ofrecen hacerse zapateros; pero á un poeta reincidente no cabe perdonarle que no se fije en que una cosa es lo que dice y otra lo que quiere decir.

Me doy, crítico insigne, por vencido;
mas déjame apelar á aquellas nueve
que con harto dolor te han padecido.

Lo de crítico insigne, tómelo usted á ironía; pero tómelo también á ripio y casquete para llenar el verso. En cuanto á lo de darse por vencido y apelar... allá los jurisconsultos. Lo del *te han padecido*, podrá

ser un chiste; pero antes es una falta de gramática.

.....
¿Ó piensas, como piensa el vulgo necio,
que señala el reló de la poesía
la hora del abandono y del desprecio?

La imagen del *reló de la poesía* es digna del mismísimo London, el fabricante de cronómetros. Lo que hacía falta que señalase el reló de la poesía, es el sentido de la cláusula. ¿El abandono y el desprecio de quién? ¿Quién abandona á quién?

—Lo que *O,50* querrá preguntar, apun-
té yo, es si soy de los que opinan que *la
poesía está llamada á desaparecer*.

—Pues eso no se pregunta así.

—Ya lo veo.

—Prosigo. Después de decir que es un absurdo asegurar que él es medio poeta, dice *O,50*:

Se puede ser á medias literato,
bolsista, espadachín, cantante, rico,
ingeniero rural, senador nato;
cuanto va de lo grande hasta lo chico...

Cada una de estas carreras civiles y militares es aquí un ripio; haciendo versos así se puede estar toda la vida; para ejem-

plos, son demasiados; para enumeración de lo que se puede ser á medias en el mundo, es demasiado poco. En cuanto al ingeniero *rural* tiene mucha más gracia de la que puede imaginar este señor poeta, que, por lo que barrunto, es en el fondo un hombre sosón y que tarda en enterarse de lo ridículo; defecto gravísimo en las letras de toda época muy civilizada, en la cual el que no corre, vuela. El senador *nato* debe de ser, ó la *nata* de los senadores, ó el senador vitalicio, ó nada: esto es lo más probable. En cuanto al orden de la gradación no va de *lo grande hasta lo chico*, á no ser que lo mejor que se pueda ser sea literato, y después bolsista, y lo peor y más chico, senador nato.

Medio poeta, ni existió ninguno,
ni has de probarlo, aunque te vuelvas mico.

—Ante todo, señor *O,50*, eso de volverse mico no merece que se diga en tercetos, aunque sean tan malos como los de vuesa merced; y además, nótese que si medio poeta no existió ninguno, sobra el añadir que *ni* se ha de probar que existió. ¡Claro! Esto pudo pasar dicho antes, pero después de lo otro, no.

Don Mamerto se puso en pie, y mirándome con ojo zahorí, dijo, áspera la voz:

—Ahora viene lo de la paja. ¡Ah, y lo de llamarle á usted poeta detestable! Aquí, á lo menos, no hay ripios. Esto está bien claro.

—Más vale así.

Pero, en seguida, vuelta á disparatar:

Versificar es cómodo y es llano.

El poeta no dice aquí lo que quiere, y aun lo que quería decir era disparatado. Quería decir que el versificar es cosa fácil y al alcance de cualquiera, lo cual no es cierto, á no ser que se sobrentienda versificar mal, y aun así tampoco todos saben. Versificar bien es una habilidad difícil; supone muchas cualidades que tienen pocos; porque no es hacer buenos versos escribirlos llenos de ripios como los que tengo entre manos. Pero dejando esto, lo que *O,50* dice es: «versificar es cómodo,» cómodo ¿para qué? ¿qué comodidad le viene á nadie de escribir versos? *O,50* llega en su lenguaje familiar á ese grado extremo, ilícito en literatura, en que el que ha-

bla ya no se cuida siquiera de la propiedad de la palabra.

Ser poeta es ser nada y serlo todo,
materia y creador, larva y gusano.

«Nada y todo» es una antítesis, buena como antítesis. «Nada... todo» no cabe mayor oposición; pero ¡larva y gusano!... este señor poeta no sabe lo que son gusanos ni lo que son larvas. Vea el Diccionario, aunque otra cosa no sea; v. gr. *gusano* de seda, la *larva* que... etc., etc.

En cuanto al fondo del conceptillo, es falso, hinchado y vulgarísimo en su hinchazón y falsedad. Que el poeta lo sea todo, nadie lo pretende, aunque todos debiéramos estar conformes en que debe ser un poco instruidito. Y que el poeta sea nada, ¿quién lo prueba?

Ahora viene la apología de los holgazanes. Pero no; antes dice que el poeta ha de volar con tal suerte y de tal modo

que ni rocen las alas en el cielo,
ni deje el pie su huella sobre el lodo.

La teoría de este hombre es no tocarni el cielo ni la tierra, la poesía—Garibay, como si dijéramos;—¿por qué no ha de lle-

gar al cielo el poeta? ¿por qué no ha de tocar la tierra (no el lodo precisamente)? ¿Cree usted que la poesía es la navegación aérea?

Aquel de torpe y trabajoso vuelo
qué al *yunque* de la Fama *noche y día*
vive amarrado, en *perdurable* anhelo,

Los yunques no son para hacer oficio de amarras, y además esas figurillas no se entienden, porque la Fama no tiene yunque, y lo que quiso usted decir, por lo que se ve luego, es el yunque del trabajo, el yunque de la composición artística, de cualquier cosa menos de la Fama... Pues bien: ése, el del yunque,

de sabio alcanzará la nombradía
primero que de artista y de poeta.

Prescindiendo de que no sería malo pasar por sabio primero, y después por artista, al esclavo de la Fama nadie le llama sabio; y muchos poetas y artistas de los mejores han vivido *amarrados al yunque...* del trabajo (al de la Fama, no; es claro, porque eso es un disparate).

Concebir sin dolor, eso es *poesía*.

Al leer esto, Cabranes soltó el trapo; y su carcajada resonó en el castañar de en-

frente. La vaca levantó la cabeza, dejó de pastar por un rato, y parecía pensar: —Quiere decirse, que si aquí no ha de haber formalidad, yo me voy á tomar las once á otra parte.—

—Concebir sin dolor, eso es poesía.

prosiguió D. Mamerto. ¡Y qué hueco se habrá quedado después de soltar este epifonema el grandísimo zampatortas! Para concebir sin dolor no se necesita ser la poesía, ni la Inmaculada Concepción; concebir sin dolor lo hace cualquiera. Lo que hizo la Virgen fué ser concebida... sin pecado original, y lo que hizo sin dolor... fué parir. Por esta confusión dogmática, el poeta, que no es buen cristiano á lo que huelo, le echa á la poesía el milagrazo de concebir sin dolor. Oye, *Parda*: ¿no es verdad que tú también sabes concebir sin dolor?

Sería casualidad; pero la vaca dijo que sí con la esquila, y decididamente se fué á pastar tres pasos más adelante.

—Y dejando la barbaridad literal, y viniendo á lo que *O,50* ha querido decir, ¿habrá mayor absurdo, más falsa idea del

arte y de la psicología estética? Este poetilla cree que la gracia del artista consiste en improvisar, en hacer versos como quien hace cucharas y mangos para otras; piensa que el colmo de la inspiración es escribir con la *fácil facilidad* con que escribe cualquier gacetillero en verso ó en prosa; él, por ejemplo. En el *concebir* del poeta hay muchas veces dolor; como que del dolor se engendra muchas veces, como Goethe nos lo enseñó hermosamente; pero donde el dolor es casi seguro es en el dar á luz, en el producir, que era lo que quería dar á entender *O,50*.

Algunos grandes escritores y poetas, como el Tasso y Flaubert, v. gr., son ejemplos del dolor que llega á la locura, en el *parir* de los artistas...

Después viene el pintar la fuente Hipocrene como fuente de vecindad (¡ah, bárbaro!), y suponerle un caño y un pilón, y sólo le faltaba añadir una inscripción que dijera: «Rege Carolo III.»

Ahora leo:

Vates de cinco décimas al año;

y todo esto y lo que sigue, ó mucho me engaño, ó va con D. Gaspar Núñez de

Arce, á quien 0,50 debe de tener grandísima envidia. Y hará bien; pero no sólo debe envidiarle el primor y cierta grandeza y profundidad de la poesía, sino eso de escribir pocos versos; ¡gran ocasión para librarse de ripios!

Llega aquí lo del manantial:

que el genio les *rehusa*,

por les niega; y habla después de

...la corriente *ignota*

que el páramo que inunda fertiliza

y refresca el desierto donde *brot*a...

La corriente... ¡ignota!... Ignota, ¿por qué? Y primero fertiliza el páramo, y después de esta hazaña... va y *brot*a en el desierto, y lo refresca... ¡y 0,50 tan fresco!

Estas *locas fantasías*, que tan patas arriba y tan al revés del curso natural de las cosas describen la realidad que fingen estar viendo, prueban con estos dislates que ellas no ven imágenes del mundo, sino ripios, palabras de conserva, para ir matando el hambre de los endecasílabos, ó lo que sean.

El poeta que nos da una descripción, ó una alegoría, ó cualquier imagen pinto-

resca faltando al orden del Universo, no sólo demuestra que no sabe retórica, sino que no es tal poeta, que no ve lo que dice ver, que es un hablador sin sustancia, y esto es lo más grave.

No daña á una beldad el ser rolliza;
ni jamás de la esposa complaciente
ganó el premio ramera antojadiza.

¿Qué tiene que ver el primer verso con los otros dos? ¿Y quién entiende lo que en esos dos se quiere decir? Que puede ser guapa una mujer gorda, corriente; eso va en gustos, y está claro. Pero lo otro, ¿á qué viene en seguida? ¿Y qué quiere decir? Aquí se rinde mi exégesis. No entiendo al poeta. Esto pertenece al esoterismo de la poesía sin sentido, la del ripio por el ripio.

La inspiración, hermana del torrente...

Imagen cursi en segundo grado de consanguinidad.

debe tener del lago lo profundo,

(Suponiendo que se trata de un lago profundo.)

lo terso, lo *ideal*, lo transparente,

No sé si los lagos son tersos á todas

horas, ni si son todos *ideales*; pero lo que es transparentes...

pero lo inmóvil no; todo en el mundo á la ley de la vida está sujeto, y es más hermoso cuanto más fecundo.

—¡Bravo, bravo! gritó D. Mamerto leyendo esto. Ven acá, *Parda*, á ver si tú te enteras de todas las incongruencias y pensamientos falsos que hay en estos pocos versos.

Y Cabranes se fué á la vaca y la cogió por los cuernos, y como si tratara de vencerla, le fué diciendo:

—Vamos por partes. Tenemos, que la inspiración debe ser como el lago en todo, menos en lo inmóvil. Luego el lago es inmóvil. ¿Y por qué no debe ser inmóvil la inspiración? Porque

...todo en el mundo á la ley de la vida está sujeto.

Pues si todo está sujeto á esa ley, también estará sujeto el lago... que es de este mundo; luego no se diferenciarán en esto el lago y la inspiración, que obedecerán á la misma ley universal. Por supuesto que aquí hay que sobrentender que *la ley de*

la vida es sinónima del movimiento. Tal como lo dice, no parece sino que los lagos, por excepción, no están sujetos á la ley de la vida, y por eso son ó están inmóviles, y no se parecen en esto á la inspiración...

y es más hermoso cuanto más fecundo.

Pero la fecundidad, ¿es también lo mismo que la ley de la vida y que el movimiento? El ser fecundo, ¿es ley de toda vida? Y la hermosura, ¿depende de la fecundidad? Por eso la Laura del Petrarca le parecía tan guapa á su poeta. ¡Tanto, según dicen, había parido ella! Esto, por lo menos, es napoleónico: «¡La mejor mujer... la que más pare!»

Aquí, donde hay prurito chabacano, que á Góngora imitando en sus deslices, tortura la verdad y el castellano.

Prurito... ¿de qué? Chabacano, ¿por qué, si lo que hace es imitar á Góngora en sus deslices, que supongo que serán sus versos cultos? Eso será malo, prueba de decadencia; pero chabacano, ¿por qué?

Donde, en vez de conejos y perdices, hay quien sabe cazar á maravilla pensamientos vulgares ó felices;

Perdonando los dos versos primeros, en que los conejos y las perdices y la maravilla son puro ripio, en el tercero se ve clara la intención de aludir á Campoamor, como antes se había aludido á Núñez de Arce. Por lo visto, el señor 0,50 quería quedarse solo.

¿Merece le escatimen una silla
el que lleva ocho lustros muy cumplidos
escribiendo en la lengua de Castilla?

Dénle, déngle la silla metropolitana de Toledo; que con memoriales así han de ablandarse las piedras, que no ya los críticos. Ya lo oyen ustedes, señores (aquí D. Mamerto se dirige á mí y á la *Parda*): á consecuencia de que hay quien caza pensamientos ajenos, debe dársele á éste una *silla*... porque hace ocho lustros que escribe *rehusar* por *negar*, lo cual llama él escribir en castellano. Pero... ¿y qué silla es esa que pide? Que se explique, y se proveerá.

—Yo creo, D. Mamerto, que lo que quiere es ser académico.

—¡Oh! Pues eso bien lo merece.

—¡Figúrese usted!

—Prosigo, para acabar pronto:

Y tal pusimos todos á Talía,
que á no llevar sandalias y careta,
ni Apolo por mujer la tomaría.

Aquí se supone que Apolo, gracias á llevar Talía sandalias y careta, la toma por mujer, ó por lo menos no tiene inconveniente en tomarla; es decir, en casarse con ella. Apolo, casándose con Talía, comete un incesto, pues hasta los niños saben que Talía y Apolo son hermanos de padre: al dios Apolo lo tuvo Júpiter, ó Zeos, ó Zeus, de Latô, ó Latona, y á Talía la tuvo Zeos de Mnemosina.

—Pero, Sr. Cabranes, también el robusto hijo de Júpiter y Alemena se casó con Hebé, su hermana consanguínea, hija de Zeos y de Heré, ó Hera, ó Juno...

—Pero eso nos lo cuenta Hesiodo, que sus razones tendría para asegurarlo; mas el señor 0,50 no está facultado para suponer incestos en el Olimpo. Sin contar con que, en rigor, y tomándolo por lo espiritual, Apolo, más que hermano, era padre adoptivo de las Musas; y así, con profundo sentido, en la *Adjunta al Parnaso*,

Apolo mismo llama á las Musas *mis hijas*, en la carta que entregó á Cervantes don Pancracio de Roncesvalles.

Y sigue el poeta, después de decir que él acaso no ha injuriado á Talía:

Yo soy así, Leopoldo; tras un chiste una sentencia...

Basta que usted lo diga. ¡Y que no es usted modesto, compadre! ¿Conque tras un chiste una sentencia? Pues mire usted, ya que se alaba, le diremos que

ni vuela como el sacre,
ni corre como el galgo;

que, en punto á chistes, nadie le ha tomado por el autor de *La Visita* de los mismos; y que en punto á lo otro, no le han de llamar el «Maestro de las Sentencias».

...tras el ceño airado,
la risa loca ó el suspiro triste.

¡Pero este hombre no sabe que todos tenemos nuestras murrias, y que el estar unas veces alegre y otras aburrido no es un mérito, ni le da á nadie el título de poeta!...

Última copla, y con su anfibología correspondiente, que no podía faltar:

¿Es que nacer poeta es un pecado?

Debe advertirse que esta salida no tiene nada que ver con lo que el autor venía diciendo:

¿Es que nacer poeta es un pecado?
De su deleite apuraré la copa...

¿De quién ó de qué es el deleite? ¿El deleite de ser poeta? ¿El deleite del pecado?... Y... ya no hay más, á no ser llamarle á usted clarín desafinado; y en esto tampoco hay ripio, y acaso haya justicia; eso, allá ustedes. Y se acabó el análisis. Ahora bien; tengo derecho á decir que á un hombre que escribe así... no hace falta contestarle. Pero se le debe contestar, por la fama que tiene, según usted asegura.

—Sí, D. Mamerto; no sólo tiene fama, sino que, relativamente, la merece. Esa epístola que usted acaba de examinar es de lo peorcito que ha escrito 0,50. Generalmente, aunque no sale de lo vulgar en los pensamientos, de los lugares comunes, y no de los más altos, en la forma y el lenguaje poético suele acertar; y es más, algunas veces ha escrito con sentimiento y gracia verdaderos, hablando de sus desencantos y de los consuelos domésticos, tal como el afecto de sus hijos. Y si he de decirle á usted todo lo que siento, añadiré que me consta, por una casualidad, que es un padrazo, un hombre cariñosísimo con su prole. Yo viví en una fonda tabique en medio con él y sus hijos, y sin poder evitarlo, oía ó colegía frases, escenas, sentimientos, géneros de relaciones, que me demostraban que era 0,50 uno de esos pa-

—Sí, D. Mamerto; no sólo tiene fama, sino que, relativamente, la merece. Esa epístola que usted acaba de examinar es de lo peorcito que ha escrito 0,50. Generalmente, aunque no sale de lo vulgar en los pensamientos, de los lugares comunes, y no de los más altos, en la forma y el lenguaje poético suele acertar; y es más, algunas veces ha escrito con sentimiento y gracia verdaderos, hablando de sus desencantos y de los consuelos domésticos, tal como el afecto de sus hijos. Y si he de decirle á usted todo lo que siento, añadiré que me consta, por una casualidad, que es un padrazo, un hombre cariñosísimo con su prole. Yo viví en una fonda tabique en medio con él y sus hijos, y sin poder evitarlo, oía ó colegía frases, escenas, sentimientos, géneros de relaciones, que me demostraban que era 0,50 uno de esos pa-

dres que sientan como primer principio de educación querer mucho, mucho, pero mucho á los hijos; lo cual, según ciertos pedagogos eunucos, es echar á perder la familia; como si todas las ventajas que le puedan venir á uno en la aporreada vida, no siendo un bigardo, de haber sido educado con poco amor, valieran la felicidad que á un inocente proporciona un padre que sabe amar de veras.

Los versos en que *O,50* habla del amor de sus hijos, suelen ser hermosos...

—¡Ta, ta, ta... señor mío! ¿y lo de la paja? ¿Recuerda usted que este señor?...

—Sí, sí, ya recuerdo. Y por eso vengo á que usted me escriba una epístola en contestación...

—Es que yo no me rebajo á escribir endecasílabos en el romance de los

patos del aguachirle castellana,

para no levantar ronchas. Yo, como buen latinista, creo que el castellano sólo sirve para decir las cosas claras; si no sirviera para decir verdades como puños, más valdría olvidarlo... Yo, si escribo la epístola, he de echarle mostaza...

Dice usted que ese hombre ha hecho algo bueno... ¿Está él seguro de que todos los versos que usted ha escrito son malos? Pues yo tampoco he leído los de él, y desde luego doy por hecho que no es más que autor de esos sonetos y demás coplas que usted mismo le censura... En la poesía, señor hidalgo, son pocos los que dicen precisamente lo que quieren, ni más ni menos: hay ripios de ideas como los hay de palabras. En la epístola de *O,50* se ve que á veces se le va la pluma, sin saberlo él mismo. Pues haremos otro tanto. Sacrificaré la exactitud y la justicia consiguiente á lo que me parezca la expresión más gráfica y rotunda. En fin, el terceto satírico pide pimienta... ¡Y, sobre todo, déjeme usted á mí!

D. Mamerto empezó á pasearse por el prado, impaciente, nervioso... También á él se le paseaba la musa por el cuerpo. Le dejé solo. Con la mano me saludó de lejos y se perdió por la pomarada adelante, entre las viejas cañas de los manzanos, cubiertos de plantas parásitas, como venerables ruinas.